

La profecía de Juárez se cumplió al tornar victorioso en 1867.

Pero en aquel día, 12 de Junio de 1864, los Archiduques durmieron en el Palacio Nacional de México, oyendo el rumor de los «¡vivas!», de las músicas, del clamoreo de la engañosa multitud, sin presentir sus futuras desgracias.

## XI

Maximiliano y los conservadores.—Acepta las leyes de Reforma.—El Nuncio en México.—El traje nacional y la opinión de la aristocracia.—Un capricho de estudiantes.

Establecer de improviso una monarquía llena de pompas, de aparato y de fausto en una sociedad esencialmente democrática, era tan arriesgado como difícil.

Maximiliano quiso, desde que llegó á la capital, halagar á cuantos le rodeaban y demostrar que era un devoto de nuestras costumbres y aun de nuestros gustos en el comer y en el vestir, cayéndole en gracia el trato familiar, que le recordaba un poco el de las regiones andaluzas.

Pocos pueblos habrá con mayor talento que el nuestro para ridiculizar y poner motes al que no le simpatiza, ó no le interesa, ó no le conviene como mandatario.

El Archiduque estaba satisfecho de la entusiasta recepción que se le hizo en la capital,



pero su inteligente esposa no olvidaba que en el puerto de Veracruz les acogieron con tan marcada frialdad y con tanta indiferencia, que ella entró á su alojamiento, bañado el rostro en lágrimas, é inundado su corazón de tristeza.



México. — Palacio Nacional

Maximiliano, ¿para qué negarlo? no tenía idea del carácter de sus nuevos gobernados, y con su imaginación soñadora creía que en breve tiempo les tornaría en adeptos entusiastas, fusionando los partidos y convenciendo á los liberales más conspicuos de la bondad y legitimidad de su dinastía.

Le cautivó el traje nacional, tan arrogantemente llevado por los jóvenes aristócratas que fueron á recibirle á la villa de Guadalupe, y en

breves días le hicieron uno y se lo puso, y apareció la tarde menos pensada con ancho sombrero blanco, chaqueta gris y calzonera con botonadura de oro.

Se puso una vistosa corbata encarnada, y con esto, á la par que se atrajo la más sangrienta crítica del pueblo, causó un profundo disgusto á los conservadores.

El país se hallaba dividido en liberales y reaccionarios; los primeros, llamados puros, tenían por emblema el color rojo; los conservadores ó mochos, el verde.

Por eso Guillermo Prieto, el Beranger de nuestras luchas por la libertad, decía en aquella famosa canción de *Los moños verdes*:

Esas son esperanzas  
de sacristanes;  
verdes como los moños  
de sus deidades.

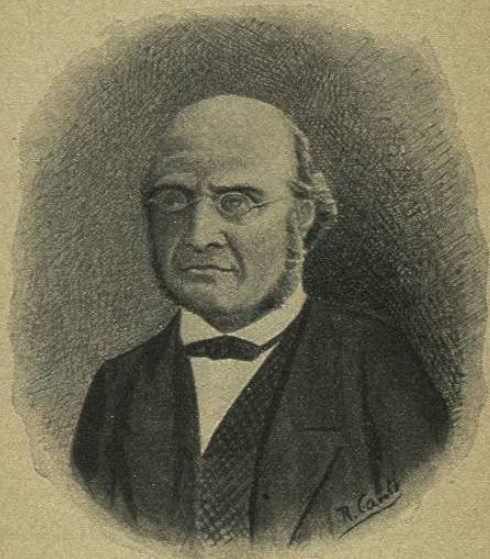
\* \* \*

¿Cómo habían de recibir con agrado los «verdes» que el Emperador, que habían traído con tantos trabajos, les resultara «rojo»?

La corbata colorada la usaban los «chinacos», los blusas que entraron con González Ortega, los guerrilleros que amaban á Garibaldi, los partidarios de Juárez, los enemigos del clero,



de los reyes, de los abolengos y de los privilegios, y ponerse una corbata así el Emperador, el descendiente de Carlos V, el hombre en cuyo cuello sólo podía brillar el toisón de oro, era



D. José Fernando Ramírez

una herejía, un sacrilegio, un insulto á los que vestían frac y uniforme bordado, para inclinarse reverentes delante del trono.

Pero Maximiliano estaba tan contento con su traje y con su corbata, que por varios días salió así al paseo, sin cuidarse de lo que dijeran de

sus opiniones, y para más disgustar á los conservadores, llamó á su Ministerio á un sabio historiador muy liberal, que se negó á asistir á la junta de los notables, y que fué de los pocos que cerraron y no adornaron su casa el día de la entrada de los Archiduques, á don José Fernando Ramírez.

Hombre muy respetado en México y en Europa por su vasta erudición y su gran talento, era de los liberales más exaltados, y su ingreso al Ministerio de Negocios Extranjeros fué un gran desengaño para los reaccionarios.

\* \* \*

Maximiliano dispuso que el carruaje en que salía diariamente y en que iba y venía á Chapultepec, no tuviera libreas de Corte, sino que los cocheros vistieran de charro, con trajes de cuero, y que las seis preciosas mulas blancas del tiro tuvieran los collares llenos de cascabeles.

El primer día que cruzó en ese tren por las calles de San Francisco, no faltó un chusco del pueblo que, recordando cómo entraba el pulque cada Sábado de Gloria, dijera al contemplarlo:

— Allí viene el pulque austriaco.



El Príncipe hizo todavía más patentes sus ideas liberales, cuando fué en Agosto de 1864 á la ciudad de León, y al saber que la autoridad había prohibido la popular canción de *Los Cangrejos*, compuesta por Guillermo Prieto, y en la cual se satiriza á los conservadores, levantó la prohibición, y ordenó que se la tocaran durante una comida en la huerta de Uraga.

Tan liberal, tan *puro*, como se decía entonces, iba resultando el Soberano, que el inolvidable y genial Constantino Escalante publicó en *La Orquesta* una caricatura que fué muy celebrada.

Aparecía Maximiliano presidiendo un Consejo de Ministros; á la derecha estaban los liberales y á la izquierda los reaccionarios, pues de todo había en el Gabinete. — Un Ministro conservador le ofrecía un cigarro de Monzón y él le despreciaba, por aceptar el *puro* que le ofrecía un liberal. — El texto de la caricatura era el siguiente:

— Señor, son legítimos de Monzón.

— Gracias, señores; yo soy de «á caballo».

Otro hecho que disgustó sobremanera á los conservadores, fué que su Soberano, después de opinar en León que la canción de *Los Cangrejos* era muy bonita y muy alegre, se fuera á la población inolvidable para todo mexicano, á Dolores, y allí celebrara el 16 de Septiembre, y en la

misma ventana en que el inmortal Hidalgo dió el grito de libertad, pronunciara un discurso que comienza así:

«Mexicanos:

»Más de medio siglo tempestuoso ha transcurrido desde que en esta humilde casa, del pecho de un humilde anciano, resonó la gran palabra de Independencia, que retumbó como un trueno del uno al otro Océano, por toda la extensión del Anáhuac, y ante la cual quedaron aniquilados la esclavitud y el despotismo de centenares de años. Esta palabra, que brilló en medio de la noche como un relámpago, despertó á toda una nación de un sueño ilimitado, á la libertad y á la emancipación.»

¡Ensalzar á Hidalgo el hombre traído al trono por sus mayores énemigos! Esto no podían perdonarlo los conservadores; para ellos, para sus más ilustres historiadores, Hidalgo es un criminal, un bandolero, un perjuro; él y los insurgentes son los más odiosos y execrables asesinos que ha producido México, y que Maximiliano en persona encomiara al venerable Cura á quien los liberales adoramos como á verdadero Padre de la Patria, ¡oh, eso era otra imperdonable blasfemia!

¿Por qué el segundo Emperador de México no se acordó en esa noche del primero? ¿Por qué no citó á Iturbide?



Un historiador reaccionario dice de ese discurso que es impolítico y falso, porque ya Maximiliano había leído la historia de don Lucas Alamán. Puede ser, pero el hecho es que el nuevo Emperador encontró grande, hermosa, digna de eterna remembranza y de universal aplauso, la sacrosanta figura del Cura de Dolores.

Cuando regresó de su expedición á Guajuato, ya recibía mal á los reaccionarios, y sin cuidarse de nadie, los llamaba *Cangrejos*, resultado de la popular canción de Fidel.

Pero el golpe de gracia para el partido reaccionario fué el siguiente:

En Diciembre de 1864 llegó á la capital Monseñor Meglia, Nuncio del Papa, de quien trajo una carta, que entregó personalmente á Maximiliano el día 10, y en la cual hay un párrafo del tenor siguiente:

«Antes de esa época (de la visita de los Archiduques á Pío IX) y más de una vez, nos habíamos quejado en actos públicos y solemnes, protestando contra la inicua ley llamada de «Reforma», que destruía los derechos más inviolables de la Iglesia, ultrajaba la autoridad de sus pastores; contra la usurpación de los bienes eclesiásticos y la dilapidación del patrimonio sagrado; contra la injusta supresión de las órdenes religiosas; contra las máximas falsas que

lastimaban directamente á la santidad de la religión católica; en fin, contra otros muchos atentados, cometidos no solamente en perjuicio de personas sagradas, sino también del ministerio pastoral y de la disciplina de la Iglesia.»

Y concluía pidiendo el Pontífice á Maximiliano que derogase las leyes de Juárez y que restableciese todo lo que ellas habían destruído, acordando á los obispos, eclesiásticos y órdenes religiosas todos los fueros de que estaban despojados, y ordenando que la religión católica, con exclusión de otro culto disidente, fuera la gloria y el apoyo de la nación mexicana.

Maximiliano manifestó al Nuncio, por conducto del Ministerio de Justicia, que, no encontrándolo autorizado para tratar de los puntos propuestos, se veía en la penosa necesidad de dictar las medidas que le ordenaban sus deberes y su conciencia, en la situación en que se encontraba.

En resumen, el Nuncio no pudo arreglar nada; los ministros Escudero y Ramírez le dirigieron notas explicativas sobre la condición en que se encontraba el Gobierno, llegando á asegurarle que Maximiliano, por sí solo, pondría el remedio al conflicto, en uso de su prerrogativa soberana.

Y, como era natural, permitiósese la libertad de cultos, quedando vigentes las Leyes de Reforma.



La obra de Juárez no pareció tan mala á los árbitros del Imperio, y al mantenerla viva, el partido conservador se sintió herido de muerte y retiró del trono todas sus simpatías y todo su apoyo.

El Gobierno imperial prohibió la publicación de la Encíclica de Pío IX, y se nombró una comisión que fuera á arreglar cerca del Vaticano tan enojosos asuntos.

Los arzobispos de México y de Michoacán, y casi todos los obispos, protestaron contra la conducta de Maximiliano, y las principales familias de la capital firmaron una representación atacando los decretos liberales expedidos por el Archiduque.

Éste seguía desdeñando á todos los *cangrejos* y expidiendo leyes como la de cementerios, en que sometía á la autoridad civil lo que aún quedaba en manos del poder eclesiástico.

Alardeaba de liberal exaltado el joven Archiduque, y recuerdo que una tarde varios estudiantes nos propusimos ir al paseo en grupo y permanecer con los sombreros puestos cuando pasara delante de nosotros; pero al verlo, en arrogante caballo enjaezado á la mexicana, con silla vaquera, vaquerillos, vistoso jorongo con los colores nacionales y el jinete vestido como uno de los actuales jefes de rurales, llevando la encarnada corbata como un símbolo



Pío IX

de liberalismo, obedecemos á un compañero, que nos dijo:

— ¡Abajo sombreros! Saludemos, no al Emperador, sino al chinaco alemán, que viste, á ciencia y paciencia de los mochos, el mismo traje de nuestros guerrilleros.

Se acercó Maximiliano, miró con atención el grupo, se quitó el ancho sombrero, tomándolo por la copa, y nos sonrió cortésmente.



Nosotros respondimos al saludo, y á poco encontramos á dos señoras de la aristocracia, que iban á pie haciendo ejercicio, seguidas de su coche, y oímos con toda claridad que decía una de ellas:

— Es muy simpático; ¡qué lástima que se vista de plebeyo!

## XII

El León de las montañas. — Captura de un coronel republicano

Entre los guerrilleros que con ejemplar arrojo combatían la intervención francesa, descollaba Nicolás Romero.

Era un hombre de treinta y tres años, sencillo, modesto, sin otra ambición que la de luchar sin descanso contra el enemigo extranjero, sin medir los peligros ni contar á los contrarios.

Vivía como las águilas, entre las rocas escarpadas de la sierra, sirviéndole de almohada muchas veces la montura que quitaba á su caballo consentido, que junto á él quedaba velándolo, y que ya estaba enseñado á despertarlo al primer ruido ó al ver aproximarse á alguno cerca del sitio donde descansaba su amo.

Vestía siempre de negro, con el pelo cortado al rape, el rostro afeitado, sin ninguna insignia militar que denotara rango, categoría ó superioridad entre sus compañeros.